

Peter Newmark
University of Surrey, Inglaterra

LA TEORIA Y EL ARTE DE LA TRADUCCION

Traducción de Sherry Gapper

LETRAS 23-24 (1991)

Explicación preliminar

Teniendo en cuenta la creciente importancia de la traducción en muy diversos campos y actividades hoy día, nos ha parecido de interés ofrecer en este número de *Letras* un estudio al mismo tiempo introductorio y fundamental en torno a la *teoría de la traducción*. Se trata del Capítulo I de *Approaches to Translation* de Peter Newmark,¹ que versa sobre diversos aspectos de la problemática de la traducción: la teoría, la práctica, la crítica y la enseñanza. El libro del profesor Newmark contribuye a una comprensión de la traducción al considerar múltiples perspectivas. Por un lado, las del traductor, del teórico, del estudiante y del crítico. Por otro, las del autor original y del lector.

Newmark, traductor inglés y profesor de traducción, analiza las denominadas traducciones *semántica y comunicativa*; estudia problemas de traducción relacionados con las funciones del lenguaje, y da una serie de recomendaciones y propuestas prácticas referidas a la traducción de la metáfora, la terminología especializada, etc.

Las páginas que siguen tienen particular valor, además, por la revisión bibliográfica que presenta sobre la teoría de la traducción.

La traductora, así como la dirección y el consejo editorial de *Letras* hacen constar que cuentan con la autorización expresa de la editorial Prentice Hall International (UK), Ltd., a la que pertenecen los derechos de edición del libro. *Letras* deja testimonio de agradecimiento a esa casa editora.

La traductora y Dirección de *Letras*.

1. Edición original: Peter Newmark. *Approaches to translation*. Oxford: Pergamon Press, 1981.

LA TEORIA Y EL ARTE DE LA TRADUCCION ²

Los primeros vestigios de traducción datan del año 3000 A.C., durante el antiguo reino egipcio, en el área de la Primera Catarata,³ en la Isla Elefantina, donde fueron halladas inscripciones en dos lenguas. Para el Occidente fue un factor significativo cuando los romanos tomaron en masa, en el año 300 A.C., muchos elementos de la cultura griega, incluido todo su aparato religioso. En el siglo XII Occidente entró en contacto con el Islam en la España morisca. Tal situación favoreció las dos condiciones esenciales para la traducción a gran escala (Störrig, 1963): una diferencia cualitativa de cultura (Occidente era inferior, pero científicamente sediento y receptivo a nuevas ideas), y un continuo contacto entre dos lenguas. Al derrumbarse la supremacía de los moros en España, la Escuela de Traductores de Toledo traducía versiones árabes de los clásicos científicos y filosóficos griegos. La traducción de Lutero de la *Biblia* en 1522 sentó las bases del alemán moderno, y la del rey Jacobo (1811) ejerció una influencia seminal sobre la lengua y la literatura inglesas. Períodos significativos de traducción precedieron a Shakespeare y sus contemporáneos, al clasicismo francés y a los movimientos románticos.

El siglo XX ha sido llamado la «edad de la traducción» (Jumplet, 1961), o de la «reproducción» (Benjamin, 1923). Mientras en el siglo XIX la traducción era principalmente un medio de comunicación en una sola

2. © 1988 Prentice Hall International (United Kingdom) Ltd.

3. Situada cerca de la ciudad de Aswan, al sur del actual Egipto. (N. del E.).

dirección entre destacados hombres de letras y, en menor grado, entre filósofos y científicos y sus cultos lectores del extranjero, al tiempo que las transacciones se realizaban en la lengua de la nación dominante, y la diplomacia (antiguamente en latín) ahora se hacía en francés, ahora los acuerdos internacionales entre organizaciones estatales, públicas y privadas son traducidos para todas las partes interesadas, independientemente que los firmantes comprendan las lenguas respectivas. El establecimiento de un nuevo organismo internacional, la constitución de un estado independiente, la formación de una compañía multinacional, incrementan la importancia política de la traducción. El aumento exponencial de la tecnología (patentes, especificaciones, documentación), la tentativa de llevarla a países en vías de desarrollo, la publicación simultánea de un mismo libro en varias lenguas, el crecimiento de la comunicación mundial han incrementado en su misma proporción las exigencias. La UNESCO, que hasta 1970 publicaba un *Index translationum*, dio cuenta del aumento en un 450% de las traducciones desde 1948, con casi dos veces más al alemán que al ruso, el segundo en número. (Al mismo tiempo, la mayor parte de la literatura teórica está en alemán). Las revistas científicas, técnicas y de medicina son traducidas en masa en los Estados Unidos de América y en la Unión Soviética. La Comunidad Económica Europea (CEE) emplea en este momento a mil seiscientos traductores. En 1967 se traducían ochenta mil revistas científicas por año (Spitzbart, 1972). Algunos escritores «internacionales» (en la época de la cultura «internacional» y la literatura mundial) se venden sin demora mucho más en traducción que en el original, en tanto otros de Italia y de países europeos más pequeños dependen tanto de la traducción de sus obras como de sus propias traducciones.

La traducción de la literatura de las lenguas «menores», sobre todo de los países en vías de desarrollo, se encuentra muy descuidada.

Poco se había escrito en relación con la cantidad de traducciones. Se pasaron por alto los aspectos más generales: la contribución de la traducción al desarrollo de las lenguas nacionales, y su relación con el significado, el pensamiento y los universales lingüísticos. Se argumentaba principalmente en los términos de: a) el conflicto entre la traducción libre y la literal, y b) la contradicción entre su inherente imposibilidad y su necesidad absoluta (Goethe, 1826). Cicerón (55 A.C.) fue el primero en defender el sentido frente a las palabras, afirmando que un traductor debe ser o un intérprete o

un retórico. Los ensayos clásicos pertenecen a San Jerónimo (400), Lutero (1530), Dryden (1684), todos los cuales favorecen versiones coloquiales y naturales. Tytler escribió el primer libro importante sobre la traducción en 1790, y afirmaba que “una buena traducción es aquella en la que el mérito de la obra original se transfiere de modo tan pleno a otra lengua que es percibida con tanta claridad y sentida tan fuertemente no sólo por el nativo del país al que pertenece esa lengua sino también por aquellos que hablan el idioma de la lengua original”. En el siglo XIX, los ensayos y referencias importantes de Goethe (1813, 1814), Humboldt (1816), Novalis (1798), Schleiermacher (1813), Schopenhauer (1851) y Nietzsche (1882) tendían a procedimientos de traducción más literal, mientras Matthew Arnold (1928) favorecía un estilo noble, simple y directo para traducir a Homero. En el siglo XX, Croce (1922), Ortega y Gasset (1937) y Valéry (1946) objetaban la posibilidad de una traducción adecuada, en especial de la poesía. Benjamin (1923) concebía la traducción como una manera de llenar las lagunas de sentido en una lengua universal. Recomendaba la traducción literal tanto de la sintaxis como de las palabras: «La oración es el muro que bloquea la lengua del original, mientras que la traducción palabra por palabra es la arcada que lo sostiene».

La anterior es una breve sinopsis de los puntos de vista surgidos durante el período prelingüístico de la traducción. En general no intentan distinguir tipos o calidad de textos (que son principalmente bíblicos o literarios), y mientras que su fuerte es la teoría, se dedican poco a problemas metodológicos o a ejemplos prácticos. Muestran una gradual transición desde un tratamiento natural o libre hacia un análisis literal, si no traducción, del original; pero no se da el desarrollo de una teoría, y muchos de los autores desconocen las obras de los demás.

Con el número creciente de equipos de traductores y correctores de documentos y glosarios, se hace necesario formular algo sobre la teoría de la traducción, cuando menos como marco de referencia. Y se hace más fuerte tal necesidad en vista de la proliferación de términos en el arte, y muy especialmente en la terminología tecnológica —por ejemplo, en el campo de la química aparecen por mes cien internacionalismos tecnológicos; en la electrónica unos miles al año (Spitzbart, 1972)—; y por el deseo de uniformar la terminología de modos intra e interlingüísticos. Pero la razón principal para la formulación de una teoría de la traducción, la proposición

de métodos de traducción relacionados con y derivados de ella, la enseñanza de la traducción o los cursos de traducción, es la pésima calidad de tantas traducciones publicadas (Widmer, 1959). Son pocas las traducciones literarias y no literarias que no contengan errores. Ya en 1911 la *Encyclopaedia Britannica* afirmó en un buen artículo, incomprensiblemente restringido a la traducción literaria: «La mayor parte de versiones de escritores extranjeros modernos no son más que un trabajo comercializado llevado a cabo en forma descuidada por manos incompetentes». Ahora que la traducción fiel se ha hecho en general políticamente importante, resulta urgente la necesidad de investigar el tema, por lo menos para llegar a un acuerdo respecto de los principios fundamentales.

La teoría de la traducción se deriva de la lingüística comparada, y dentro de la lingüística, es básicamente un aspecto de la semántica. Todos los asuntos de la semántica tienen que ver con la teoría de la traducción. La sociolingüística, que investiga los registros sociales del lenguaje y los problemas de las lenguas que están en contacto en los mismos o en países vecinos, tiene una relación constante con la teoría de la traducción. La sociosemántica, el estudio teórico de la *parole* (*lenguaje en contexto*) opuesta a la *langue* (el código o sistema de una lengua) indica la pertenencia de ejemplos «reales»: hablados, grabados, escritos, impresos. En vista de que la semántica se presenta a menudo como una disciplina cognoscitiva sin connotaciones, en vez de un ejercicio de comunicación, la semiótica (la ciencia de los signos) es un factor esencial en la teoría de la traducción. Al filósofo norteamericano Ch. S. Peirce (1934) se le suele considerar su fundador. Hizo hincapié en el factor comunicativo de todo signo: «El significado de un signo consiste en todos los efectos que podrían tener relaciones prácticas en forma concebible con un intérprete particular, y que variarían de acuerdo con el interpretante». Por lo tanto, ningún signo posee un significado autónomo. Para el lector un «polo»⁴ puede significar un dulce helado con algún sabor, e insertado en un palillo (como participante, no le importa el propósito del objeto); pero para el fabricante de helados significa una lucrativa fuente de ingresos; para el ama de casa una sucia molestia de la que debe encargarse todo el año; para el niño un agradable y duradero refresco insertado en un palillo. Si alguien se pone como lector de un texto traducido en el lugar del fabricante, del ama de casa o del niño, resulta clara

4. En el español de Costa Rica, el «polo» se le conoce como «helado de palillo» (N. del E.).

la importancia de la teoría del significado de Pierce para la teoría de la traducción. La división que hace Charles Morris de la semiótica (1971) entre la *sintaxis* (relación de signos entre sí), la *semántica* (asignación de signos a sus objetos reales) y la *pragmática* (relación entre los signos y sus intérpretes) la han tomado de modelo los teóricos de la traducción de Leipzig (Neubert, 1968, 1972; Kade, 1965, 1968) que han mostrado particular sensibilidad a la pragmática de las declaraciones políticas. Así, lo que se traduce favorablemente como *Fluchthelfer* en la República Federal Alemana se convertiría peyorativamente en *Menschenhändler* en la República Democrática Alemana.⁵

El traductor requiere conocimientos de crítica textual literaria y no literaria, en vista de que debe valorar la calidad de un texto antes de interpretarlo para después traducirlo. Se han hecho todo tipo de falsas distinciones entre las traducciones literaria y técnica. Tanto Savoy (1957) como Reiss (1971) han afirmado que al traductor técnico le interesa el contenido, y que al literario la forma. Otros autores sostienen que una traducción técnica debe ser literal, y que una literaria ha de ser libre; otros afirman lo contrario. Cierta esnobismo inglés tradicional ha puesto en un pedestal la traducción literaria y considera otras traducciones como trabajo comercial, menos importante o más fácil. Pero la distinción entre la escritura elegante, fina y cuidadosa («palabras propias en los sitios apropiados», como dijo Swift) por un lado; y las frases predecibles, estereotipadas y de moda, en realidad mal redactadas, por otro, va en contra de todo esto. El traductor debe respetar escrupulosamente una buena redacción dando cuenta de su lenguaje, estructuras y contenidos, trátense de textos científicos, poéticos, morales, filosóficos o de ficción. Si la redacción es mala, normalmente su deber es mejorarla, aunque esté ante un escrito técnico o un libro de éxito comercializado y común. La diferencia básica entre lo artístico y lo no literario consiste en que el primero es simbólico o alegórico, y el segundo tiene una intención representativa; la diferencia para la traducción es que hay que prestar más atención a la connotación y a la emoción en la literatura imaginativa. El traductor ha de ser un buen juez de la escritura; debe evaluar no sólo la calidad literaria sino además la seriedad moral de un texto en el sentido de Arnold y Leavis. Además, útil le resultará toda lectura sobre estilística, que es la intersección entre la lingüística y la crítica literaria, como los estudios de Jakobson (1960, 1966) y Spitzer (1948), quienes se ocupan tanto de la traducción como de la literatura comparada.

5. Recuérdese que Newmark publicó su estudio en 1982 (N. del E.).

La lógica y la filosofía, en particular la filosofía del lenguaje, tienen que ver respectivamente con los aspectos gramaticales y léxicos de la traducción. Un estudio de lógica ayudará al traductor a medir los valores reales subyacentes del pasaje que está traduciendo; todas las oraciones dependen de presuposiciones, y el traductor tiene que determinar esas presuposiciones en aquellos casos en los que las oraciones resultan oscuras o ambiguas. Además, una regla (nuestra) de traducción como la siguiente en torno a la negación, se deriva de la lógica: «Una palabra traducida por una negación y su sustantivo o término complementario objetual puede ser un equivalente satisfactorio». Así, «hembra» es «no macho». Una palabra traducida por una negación y su verbo o término de proceso converso no es un equivalente satisfactorio, aunque el significado equivalente esté implicado en forma irónica; compárense «hemos avanzado» y «no hemos retrocedido». Una palabra traducida por su negativo y su término contrario no resulta ser un equivalente satisfactorio, a no ser que se use irónicamente; compárense «derrochador» y «no tacaño». Una palabra traducida por su negativo y su término contrario es un equivalente debilitado, pero la fuerza de la subestimación puede conllevar equivalencia; por ejemplo: «falso» es casi «no verdadero»; «estuvo de acuerdo con eso» es casi «no disintió de ello». Por último, una palabra traducida con una doble negación y la misma palabra o su sinónimo es ocasionalmente una traducción eficaz, pero normalmente debilitada; por ejemplo «agradecido» puede ser «no desagradecido» o «no ingrato». Un traductor debe tener en cuenta todas las opciones anteriores, sobre todo cuando el término converso, contradictorio o contrario del que carece de modo claro o aproximado la lengua terminal, que debe ser la suya.

La filosofía es un asunto fundamental en la teoría de la traducción. Cuando Wittgenstein «abandonó la idea de que la estructura de la realidad determina la estructura del lenguaje, y sugirió que en verdad era lo contrario» (Pears, 1971), quiso decir que ello hacía más difícil la traducción. Su tan frecuentemente citada idea de que «para una gran cantidad de casos, aunque no para todos, en los que empleamos la palabra *significado*, se puede definir o explicar así: “el significado de una palabra consiste en su uso en la lengua”» (Wittgenstein, 1958) es más pertinente para la traducción, dado que al fin de cuentas se refiere únicamente al uso contextual, más que al lenguaje como sistema. Además, cuando Austin (1963) hizo su revolucionaria distinción entre oraciones descriptivas y performativas, esclareció un valioso contraste entre el lenguaje estandarizado y el no estandarizado, que siempre interesa al traductor. Para una oración fórmula como «I name this

ship *Liberté*» [Bautizo este barco *Liberté*], normalmente existe un solo equivalente, por ejemplo en francés «Je baptiste ce navire sous le nom de *Liberté*», y el traductor no tiene las otras opciones de las que habría dispuesto si las oraciones se hubieran leído «I wish the *Liberté* all success» [Le deseo todo el éxito a *Liberté*]. Por otra parte, la distinción de Kant entre proposiciones analíticas que son lingüísticas, por ejemplo «Todos los solteros no están casados», y proposiciones referenciales sintéticas como «El soltero se escondió en el armario», con tal de que el resto del pasaje aclare el tipo de armario en el que se escondió, le permite al traductor mayor licencia en su tratamiento de las proposiciones analíticas. Finalmente, «el significado indica intención», de Grice, ayuda al traductor a ver que «Would you mind doing it?» [¿Te molestaría hacerlo?] y «Would you care to come?» [¿Te gustaría venir?], nada tienen que ver con molestias, rechazos o gustos. Normalmente, la intención de un texto o de una proposición se puede averiguar sólo *fuera* de los enunciados, examinando la razón y la ocasión del enunciado. En «Te mataré si lo vuelves a hacer» puede tratarse de una madre poniendo en práctica su disciplina. «Demain c'est samedi» podría significar «Mañana comienzan las vacaciones» (Seleskovitch, 1979).

La teoría de la traducción no es sólo un estudio interdisciplinario; es además una función de las disciplinas a las que he aludido brevemente.

La traducción es un arte que consiste en el intento de reemplazar un mensaje escrito y/o un enunciado de una lengua, por el mismo mensaje y/o enunciado en otra. Cada ejercicio implica alguna pérdida de significado por diversas razones. Provoca una continua tensión, una dialéctica, un debate surgido de las pretensiones de cada lengua. La pérdida básica se halla en un continuum entre la hipertraducción (incremento de los detalles) y la hipotraducción (incremento de las generalizaciones).

En primer lugar, si el texto describe una situación que tiene elementos peculiares al ambiente natural, y a las instituciones y cultura del área de su lengua, tiene ocasión una pérdida inevitable de significado, dado que la transferencia a, o más bien la sustitución o reemplazo por (Hass, 1962) la lengua del traductor, sólo puede ser aproximada (la palabra «traducción», como muchas otras, es engañosa por su etimología). A menos que ya exista un equivalente de traducción reconocido (¿pero lo conocerá el lector?, ¿y lo aceptará?; aquí debemos tener en cuenta la pragmática de Pierce), el

traductor tiene que elegir entre transcribir la palabra extranjera (por ejemplo *directeur du cabinet*), traducirla («jefe de la oficina del Ministro»), sustituirla por una palabra semejante de su propia cultura («Subsecretario de estado permanente»), naturalizar la palabra con un calco («Director de gabinete»), añadir a veces o sustituir un sufijo de su propia lengua (por ejemplo: *apparatchik*, Praga, *footballleur*), definirla, y como último recurso, parafrasear («jefe del personal del departamento del Ministro»), que en ocasiones se agrega, entre paréntesis o como nota al pie, a una transcripción. Sin embargo, no hay pérdida «referencial» si la situación se halla sobre un terreno neutral, no nacional, con participantes sin rasgos específicamente locales (por ejemplo un estudio de matemáticas, un experimento médico en que se usa equipo estandarizado); esto es, si no existe traslazo cultural.

La segunda y menos evitable causa de pérdida es que las dos lenguas, tanto en su carácter básico (*langue*) como en sus variedades sociales (*parole*) —téngase en cuenta la glosa que hace Jakobson (1973) de Saussure— poseen en contexto diversos sistemas léxicos, gramaticales y de sonidos, y segmentan de modo distinto muchos objetos físicos y virtualmente todos los conceptos intelectuales. (Normalmente, cuanto más cercanas la lengua y la cultura, más cercanos la traducción y el original). Pocas palabras, frases y oraciones corresponden de modo preciso en las cuatro escalas léxicas que interesan al traductor (Newmark, 1969): 1) formalidad (ver Joos, 1967): de frío a desinhibido; 2) sentimiento o afectividad: de acalorado a inexpressivo; 3) generalidad o abstracción: de popular a opacamente técnico; y 4) evaluación, organizada en cuatro subescalas: moralidad (bueno a malo); placer (agradable a grosero); intensidad (fuerte a débil); dimensión (por ejemplo, ancho a angosto). Nosotros hemos propuesto una regla de traducción según la cual las palabras correspondientes, las colocaciones, las expresiones idiomáticas, las metáforas, los proverbios, los dichos, las unidades sintácticas y el orden de las palabras, deben tener una frecuencia equivalente (en el estilo y registro apropiados según el texto) en las lenguas original y terminal; pero el traductor nunca puede seguir esta regla al pie de la letra, puesto que incluso tiene contradicciones inherentes.

En tercer lugar, no coinciden los usos individuales del lenguaje por parte del escritor del texto y del traductor. Todo el mundo posee idiosincrasias léxicas, si no gramaticales, y vincula significados «privados» a ciertas palabras. El traductor suele escribir con un estilo que le nace con naturalidad, con alguna preferencia a la elegancia y la sensibilidad, a menos que el texto lo impida. Además, como señala Weightman (1947), el empleo que

un buen escritor hace del lenguaje a menudo está muy distante de —si no con fines opuesto a— algunas de las normas del buen escribir; y es al escritor y no las normas lo que el traductor ha de respetar.

Finalmente, tanto el traductor como el escritor del texto son poseedores de distintos valores y diversas teorías del significado. La teoría del traductor matiza su interpretación del texto. Puede dar mayor valor a la connotación que el escritor del texto; y en consecuencia, menor a la denotación. Puede encontrarle simbolismo donde había una intención realista; varios significados donde se intentaba uno solo, o un acento distinto, con base en su propia filosofía o incluso en su lectura de la sintaxis.

Los distintos valores del escritor y del traductor pueden ser parodiados en un informe escolar, en el que palabras como: competente, mediano, promedio, adecuado (cf. *adäquat*), sobresaliente, satisfactorio, suficiente, regular, pueden significar cualquier cosa a todos (ver Trier, 1973). Así, de modo diagramático, se puede ver el texto de la lengua terminal como un objeto en un campo magnético en medio de siete u ocho fuerzas contrarias actuando sobre él. La resultante pérdida de significado es inevitable y no tiene que ver, por ejemplo, con la oscuridad o las deficiencias del texto ni con la incompetencia del traductor, que son posibles causas adicionales de esta pérdida de significado, conocida a veces como *entropía* (Vinay, 1968).

Tal es, pues, el problema al que en los últimos treinta años se le han dedicado muchos escritos teóricos. Algunos lingüistas profesionales, además de los traductores, empezaron a dirigir su atención a la teoría de la traducción en una época en que la filosofía se ponía en relación de modo sustancial con el lenguaje, y más tarde —con el declive de la lingüística de Bloomfield o conductista (más que estructuralistas) y con el rápido progreso de la lingüística aplicada— la semántica estaba siendo reintegrada (en forma ridícula) a la lingüística. Antes de ese período, la teoría de la traducción fue casi exclusiva preocupación de los hombres de letras, con la notable excepción de Humboldt.

Los estudios que predominan son los de Nida, cuya obra está inspirada en su experiencia como lingüista y como traductor de la Biblia. En Nida (1964, 1969) se tratan casi todos los problemas de la traducción. Adapta la gramática transformacional proponiendo ocho oraciones nucleares de modelo

como etapas de transición entre las estructuras de las lenguas original y terminal. Aplica un análisis componencial utilizando componentes comunes, diagnósticos y suplementarios como instrumentos para comparar y contrastar los ítem dentro de un campo semántico. Estudia las relaciones lógicas de las palabras entre sí, la diferencia entre las traducciones cultural y lingüística, la pertinencia del análisis del discurso, las dificultades de traducir entre culturas distantes, los niveles de uso, las connotaciones psicológicas de las palabras y los problemas prácticos de la traducción. Es posible que su reducción de proposiciones a objetos, sucesos, relaciones y abstractos, sea más fructífera para los traductores en tanto proceso de comprensión más que las oraciones nucleares. Su distinción entre equivalencia dinámica y formal está demasiado cargada en contra de las propiedades formales del lenguaje. Los recientes libros de Nida (1974a y 1975a) se refieren específicamente a la gramática semántica y al análisis componencial, pero tanto aquélla como éste pueden resultar útiles en las primeras etapas del proceso de traducción. Nida resume muy bien el estado actual de la teoría de la traducción (1974b).

Fedorov (1958, 1968) hace hincapié en que la teoría de la traducción es una disciplina lingüística independiente, que se deriva de las observaciones y que proporciona bases para ponerla en práctica. Como la Escuela de Leipzig, estima que toda experiencia es traducible, y rechaza la idea de que el lenguaje expresa una peculiar palabra-imagen mental. Sin embargo, la carencia de un panorama o ideología comunes perjudica en la actualidad la eficacia de la traducción. Komissarov (1973) observa que la teoría de la traducción evoluciona en tres direcciones: la denotativa (traducción de información), la semántica (equivalencia precisa) y la transformacional (transposición de estructuras pertinentes). Su teoría de la equivalencia distingue cinco niveles: 1) unidades léxicas; 2) colocaciones; 3) información; 4) situación; y 5) el objeto de la comunicación. Jumplet (1961) aplica la teoría de los campos de Trier-Weisgerber a textos tecnológicos, y eficazmente distingue entre términos superordinados y subordinados en los escritos técnicos. La Escuela de Leipzig (Neubert, Kade, Wotjak, Jäger, Helbig, Ruzicka), muchos de cuyos trabajos han sido publicados en la revista *Fremdsprachen*, en sus seis *Beihefte*, y en *Linguistische Arbeitsberichte*, delimita claramente los elementos invariables (cognoscitivos) y los variables (pragmáticos) de la traducción, y saca provecho de la gramática de transformaciones y de la semántica. A veces se queda corto en cuanto a procedimientos y ejemplos, y se limita a textos no literarios. Los escritos de Neubert y de Helbig han sido originales. Koller (1972) resulta particular-

mente útil al distinguir entre información y comunicación; y Reiss (1971) categoriza e ilustra la variedad de tipos de texto. Catford (1965) aplica la gramática sistemática de Halliday a la teoría de la traducción, y categoriza con provecho los cambios (*shifts*) de traducción en niveles, estructuras, clases de palabras, unidades («cambios de rango») y sistemas. Distingue entre «contexto» (de situación) y «co-texto» (de lenguaje), y, más que otros teóricos, establece limitaciones mayores a las posibilidades de la traducción. Firth (1968) ve en el significado contextual la base de una teoría de la traducción y concibe la teoría de la traducción como la base para una nueva teoría del lenguaje, y de unos fundamentos más firmes en filosofía. Mounin (1955, 1964, 1967) examina las teorías de la traducción y su relación con la semántica, y apoya la teoría «lingüística» de la traducción ante la literaria. Levy (1969) y Winter (1969) aplican la lingüística a la traducción de textos literarios, incluidos los aspectos fonológicos de la poesía. Todas ellas han sido rechazadas por Wuthenow (1969), Kloepfer (1967) y Cary (1956), salvo una aproximación literaria a la teoría de la traducción.

Los estudios mencionados con anterioridad son básicamente teóricos. Entre los que aplican la lingüística a los procedimientos de traducción se destacan Vinay y Darbelnet (1976), quienes presentan siete procedimientos (transcripción, calco, traducción literal, transposición, modulación, equivalencia y adaptación), y hacen perspicaces distinciones entre el francés y el inglés. La obra de Friederich (1969) sobre el inglés y el alemán es también invaluable, en tanto que el alemán y el francés han sido comparados por Truffaut (1968) y Malblanc (1961). También deben mencionarse las comparaciones multilingües que hace Wandruska (1969), y las distinciones de Fuller (1973) entre el francés y el inglés. Se recogen en Störig (1963), Brower (1966), Smith (1958) y Kapp (1974) ensayos valiosos, en tanto que Garvin (1955) incluye las contribuciones de la Escuela de Praga en la teoría de la traducción.

Sobre la traducción automática hay mucha literatura (por ejemplo Booth, 1967); pero por lo menos desde Bar-Hillel (1964) hay un acuerdo algo generalizado de que las computadoras no se utilizarán mucho para la traducción (con excepción de áreas restringidas como la meteorología) en un futuro previsible; son ya de ayuda incalculable a los terminólogos en la compilación de glosarios y diccionarios bilingües. La obra de Melcuk sobre la traducción automática (por ejemplo en Booth, 1967) ha arrojado luz sobre procedimientos para la traducción.

G. Steiner (1975) posee diversas y notables teorías sobre la traducción literaria, así como resúmenes de teorías de traducción, y destaca la importancia de la traducción como clave para la comprensión del pensamiento, el significado, el lenguaje, la comunicación, y la lingüística comparada. Ofrece argumentos a favor de traducciones de un poema a «poema», frente a las del poema a «prosa llana» (1966).

Aunque no universal, existe un amplio acuerdo en cuanto a que el objetivo principal del traductor es producir lo mejor posible en sus lectores el mismo efecto que se produjo en los del texto original (véase Rieu, 1953). Este principio se conoce de distintos modos: como el principio de respuesta o efecto semejante o equivalente; o como el de la equivalencia funcional o dinámica (Nida). Evita y desplaza la controversia decimonónica entre una traducción inclinada a la lengua original o a la terminal, y las consecuentes disputas entre lo fiel o lo bello, lo literal o lo libre, la forma y el contenido. Tal principio demanda de parte del traductor un considerable sentido imaginativo o intuitivo, puesto que no debe identificarse con el lector original, sino establecer empatía con él, reconociendo que éste puede tener reacciones o actitudes distintas a las suyas. El énfasis de este principio se da, con acierto, en la comunicación, en el tercer elemento del proceso de la traducción, el lector («¿quién es el lector?» es la primera pregunta de un profesor de traducción), que antes había sido pasado por alto, salvo en las traducciones bíblicas. El traductor debe producir un tipo distinto de traducción del mismo texto para un tipo diferente de público. El principio hace hincapié en la importancia del factor psicológico: es mentalista; y su éxito apenas puede verificarse. Se quisiera saber cómo reacciona cada lector; cómo piensa, siente o actúa. El principio permite una amplia gama de estudios de traducción: si el escritor del original se ha desviado de las normas lingüísticas del tipo de texto que ha escrito —trátese de un anuncio, un informe o una obra literaria— es de esperar que la traducción ha de hacer lo mismo; en cuyo caso un poema o un cuento retendrán el sabor del original, y quizá se podrán leer como una traducción.

Mientras algún afortunado practicante del efecto equivalente parece alcanzar algo así como la cristalización de la esencia del amor, al decir de Stendhal, existen casos en los que tal efecto no puede conseguirse. Si un texto no literario describe, califica o acude a una peculiaridad del idioma en el que está escrito, el lector de la traducción requerirá una explicación, a

menos que resulte tan trivial que se pueda omitir. Esto se aplica, por ejemplo, a los *lapsus linguae* y a los chistes de Freud, en los que un efecto comunicativo similar podría lograrse con ejemplos frescos, pero donde los de la lengua original todavía tendrían que retenerse. De hecho, la oración «Er behandelte mich wie seinesgleiche, ganz famillionär» (Freud, 1975) podría traducirse como «He treated me as an equal, quite like a famillionaire» ('Me ha tratado como a un igual, como a un verdadero famillionario'), pero carece de la naturalidad que tiene en alemán. En el mismo caso se hallan los retruécanos de Freud (que en inglés serían «anec-dotage» (anécdota + chochez), «alco-holidays» (alcohol + días festivos o vacaciones), «monument-arily» (monumento = momentáneamente), que en su forma alemana han de retenerse.

En segundo lugar, es poco probable que un texto no literario relacionado con un aspecto de la cultura conocida por el primer lector, pero no por el de la lengua terminal, produzca el efecto equivalente, sobre todo si en su origen estaba destinado sólo al primer lector. Por lo tanto, al traducir, por ejemplo, las leyes del país de la lengua original, el traductor no puede «inclinarse» el texto hacia el segundo lector.

En tercer lugar, hay obras artísticas de fuerte sabor local que también estarían muy enraizadas a un particular período histórico. Los temas consistirían en comentarios sobre el carácter y la conducta humanos: universales, aplicables al lector de la traducción, y por tanto sujetos al principio del efecto equivalente. Por otro lado, la obra podría describir una cultura muy distante de la experiencia del segundo lector, que el traductor quisiera presentarle no como al lector original, que la dio o da por supuesta, sino como algo extraño poseedor de un especial interés propio. En el caso de la Biblia, el traductor opta por el efecto equivalente; cuanto más pueda acercar la verdad humana y las connotaciones al lector, es probable que más inmediatamente transmita su mensaje religioso o moral. Pero si la cultura es tan importante como el mensaje —no es el traductor quien tiene que decidirlo— reproduce la forma y el contenido del original del modo más literal posible (con algunas transcripciones), dejando de lado el efecto equivalente. Si el *oinops pōntos*, «el mar, oscuro como el vino», se tradujera como «el mar azul celeste» tan solo para alcanzar el efecto equivalente, mucho se perdería. Como señaló Matthew Arnold (1928), no se puede lograr el efecto equivalente al traducir a Homero ya que no sabemos nada de su auditorio.

En realidad, si el artista creativo escribe para su propio alivio (en palabras de Benjamin (1923): «Ningún poema se ha escrito para su lector, ni para entenderlo es importante tener en cuenta a los receptores de la obra de arte»), en tal caso el principio de efecto equivalente resultaría irrelevante para la traducción de una obra de arte. La lealtad del traductor es al artista, y debe concentrarse en recrear lo mejor que pueda la obra. Tal es la traducción literal o máxima, en el sentido de Nabokov (1964), «reproduciendo de manera tan semejante como lo permitan las capacidades asociativas y sintácticas de otra lengua, el sentido contextual exacto del original». La sintaxis, el orden de las palabras, el ritmo, el sonido, todos poseen valores semánticos. Las prioridades difieren en cada obra, pero existen tres reglas empíricas: a) la traducción debe ser lo más literal posible y tan libre como sea necesario (Cauer, 1896); es decir, la unidad de traducción debe ser lo más pequeña posible (Hass, 1962); b) la palabra de la lengua original normalmente no debe ser traducida por una palabra de la lengua terminal que tenga otro equivalente exacto primario en la lengua original (*schwarz* no debe traducirse como «dark» [oscuro], porque «dark» es *finster* o *dunkel*; aunque exceptuando colocaciones establecidas como *schwarze Augen* [ojos negros]); c) una traducción es impermeable a la interferencia: nunca adopta una colocación, estructura u orden de palabras propias de la lengua original. Estas reglas se aplican tanto a la traducción «literal» como a la mucho más común traducción de efecto equivalente. La interferencia, por más plausible que sea, es siempre una traducción errónea. El *European Communities Glossary* (Glosario de las comunidades europeas) de 1974, puede servir de guía para evitarla.

Paradójicamente, el principio «literal» de traducir obras de arte es «científico» y verificable, en tanto que el principio de efecto equivalente es intuitivo. Si el acento se pone en la naturaleza humana en vez de hacerse en la cultura local, una traducción genial como las de Stefan George de Shakespeare o Baudelaire puede cumplir con ambos principios.

Existen también otros métodos de traducción restringidos: traducción de información, que se extiende desde breves abstractos y resúmenes hasta la reproducción completa de contenido sin forma; traducción en prosa llana (como lo hace la Penguin Books) como guía del original, cuyo lenguaje siempre debe ser algo familiar; traducción formal, para los poemas *de sin sentido* (*Morgenstern*) y poesía infantil, en la que el significado y el ambiente, pero no el tono, pueden pasarse por alto; la traducción académica, para convertir un texto a un estilo literario estándar; una combinación de

Figura 1

Continuum del texto (adaptado de Bühler)

<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>
FUNCION EXPRESIVA	FUNCION INFORMATIVA	FUNCION VOCATIVA
(o auto-expresiva, creativa, subjetiva)	(o cognoscitiva, denotativa, representativa, intelectual, referencial, descriptiva, objetiva)	(o social, requisitoria, emotiva, retórica, afectiva, exhortativa, conativa, dinámica, directiva, connotativa, seductiva, estimulante, operativa, sugestiva, imperativa, persuasiva)
(AUSDRUCK)- (pragmática) (estilística)	(DARSTELLUNG)-	(APPELL)- (pragmática) (estilística)

transcripción, traducción y paráfrasis para los textos relacionados con la lengua original, en los que predomina la función metalingüística (Jakobson, 1960). Sin embargo, la teoría de la traducción no tiene que ver con la traducción restringida. Mientras los principios han sido y serán propuestos para tratar problemas recurrentes («reglas de traducción»), una teoría general no puede proponer un método único (por ejemplo, la equivalencia dinámica), pero debe tener presente toda la gama de tipos de textos y sus correspondientes criterios de traducción, así como las principales variables involucradas.

Muchos teóricos han clasificado los textos según sus contenidos (literatura, instituciones, tecnología, etc.), pero quizá sea más provechoso comenzar con el planteamiento de Bühler (1934) con respecto de las funciones del lenguaje, que ha ejercido una profunda influencia en la escuela

de Praga y que han empleado algunos teóricos de la traducción (Reiss, 1971; Hartmann y Vernay, 1970). (La figura 1 es una versión ampliada).

En el esquema siguiente, la función expresiva **A** se centra en el autor, en el uso personal que el escritor hace de su lenguaje; la función **B** consiste en el contenido de información «extralingüística» del texto; la función **C** se centra en el lector (para la cual Bühler utilizó la inadecuada palabra *Appell*; aunque también empleó un término mejor: «señal»). Con la denominación de función «vocativa» hemos incluido todos los recursos con los que el escritor afecta al lector, sobre todo los emotivos, para que «reciba el mensaje».

Observando el texto desde la perspectiva del traductor, hemos adoptado las distinciones (Figura 2) de Frege (1960). El traductor trabaja en el nivel **Y**, que es el lenguaje del texto, y dispone de dos fuentes paralelas de referencia y comparación: **X₁** es la situación del mundo real, o su reflejo en la mente del escritor del texto, cuando él (el traductor) se aparte y se pregunta: ahora bien, ¿qué está ocurriendo realmente?, ¿quién es éste?, ¿dónde está esto?, ¿puedo nombrarlo?, ¿es verdadero?, etc. **X₂** es la estructura lógica de las cláusulas subyacentes, las cláusulas en su forma llana y simple, preferiblemente con un sujeto animado y un objeto inanimado, y que más tarde podrían tener que convertirse a las estructuras sintácticas correspondientes de la lengua terminal. El nivel **Z** es la «imagen interna...propiamente; las diferencias en la traducción sólo deben estar en este nivel» (Frege).

Así, para una parte de un texto **Y**, *le Président de la République*, **X₁** puede ser Valéry Giscard d'Estaing, mientras **X₂** es quizás «El hombre que preside la República». El nivel **Z** puede sugerir toda matización subjetiva de una figura de autoridad, pero en vista de que esto es lenguaje estandarizado, no influye en la traducción («el presidente de Francia»).

En la Figura 3 el esquema está simplificado.

El traductor tiene un instrumento que consta de tres niveles: **X Y Z**. Compárese con los tubos de un telescopio articulado, con el cual se observa un texto que muestra las funciones **A B C** del lenguaje en grados variables. Puede tener que girar su instrumento, que podría enfocarse principalmente en **A** para un poema, en **B** para un informe técnico, o en **C** para un anuncio, pero a veces se halla entre **A** y **B** para la descripción de la naturaleza de un

Figura 2

Continuum del traductor (adaptado de Frege)

X1	Y	X2
REALIDAD EXTRALINGUISTICA	TEXTO	Lenguaje como código o «Lange»
(o Referencia, o Situación)	(o Sentido, o «Parole», o lenguaje o nivel socio- cultural)	El texto lógico (Estructura pro- funda) Lenguaje neutro interlingüístico
	(BEDEUTUNG)	(SINN)
	Z	
	IMAGEN MENTAL	
	(o Idea personal o Nivel subjetivo)	
	(VORSTELLUNG)	

Figura 3

FUNCION DEL TEXTO

A	B	C
Expresiva	Informativa	Vocativa
NIVEL DE TRADUCCION		
	X	Referencial
	Y	Textual
	Z	Subjetivo

poema, o entre B y C para las recomendaciones finales de un informe, puesto que ningún texto y pocas oraciones son A, B, o C puras. Mientras el traductor siempre trabaja a partir de X, continuamente confronta Y y X. El nivel Z, factor en parte consciente y en parte inconsciente que corresponde a la función A del escritor del texto, siempre está presente, pero el traductor tiene que reducir su influencia al mínimo, hasta quedarse sólo con lo que le parezca ser una elección gratuita entre unidades del lenguaje igualmente válidas, que puede ser lexicales o gramaticales. Esto, entonces, se convierte en un problema de estilística, y su versión en este nivel de *quot homines, tot sententiae* puede ser tan buena como otras diez. Una diferencia entre la traducción literaria y la no literaria también se clarifica en el diagrama. En la traducción no literaria, la función informativa B, que es idéntica al nivel referencial X del traductor, es verdadera; en el caso de un texto literario realista, la función B también se toma como basada en hechos reales, pero incluso los detalles tienen implicaciones típicas y generales. En toda obra artística moralmente seria, la función referencial es un comentario acerca de la conducta y el carácter humanos y todos los pasajes son implícitamente metafóricos y alegóricos. Cualquiera sea el contenido (abstracto, simbólico, naturalista), la función expresiva A es la más importante del texto, y es inevitable que el nivel Z del traductor resulte más influyente que en otros tipos de texto.

La Figura 4 muestra en forma tentativa cómo las tres funciones pueden afectar la labor del traductor (véase el cuadro sinóptico de la página siguiente).

Todos los textos poseen una función informativa, y los ejemplos (1) sólo ilustran el énfasis principal. El traductor evalúa el estilo (2) para A de conformidad con sus desviaciones gramaticales y lexicales del lenguaje; para B se esperaría el registro apropiado; mientras que para C, en el que los ejemplos se hallan clasificados con claridad entre escritura oficial (leyes y avisos) y publicidad y propaganda, los estilos son respectivamente formulistas o persuasivos. En un informe científico se haría un considerable uso de la tercera persona, tiempos en pretérito (en presente en francés), palabras compuestas de varios sustantivos, y en inglés formas pasivas. Para los avisos hay divergencias gramaticales en cada lengua: «Pintura fresca» se convierte en inglés en «*wet paint*» (literalmente, 'pintura húmeda'), *frisch angestrichen* ('recién pintado') en alemán, y «*prenez garde à la peinture*» ('cuida la pintura') en francés. «Cuidado con el perro» (*Beware of dog* en inglés) es «perro mordedor» (*Bissiger Hund*) en alemán, y «perro malo»

Figura 4

	A	B	C
1. Ejemplos típicos	Literatura Textos Autori- zados	Informes y libros de texto científi- cos y técnicos	Escritura polémica publicidad, avisos, leyes y reglamen- tos, propaganda, literatura popular
2. Estilo "ideal"	Individual	Neutro, objetivo	Persuasivo o impe- rativo
3. Énfasis del texto	Lengua original (LO)	Lengua terminal (LT)	Lengua terminal
4. Enfoque	Escritor (1a persona)	Situación (3a persona)	Lector (2a persona)
5. Método	Traducción "literal"	Traducción de efecto equiva- lente.	Recreación del efecto equivalen- te
6. Unidad de traducción Máxima Mínima	Pequeña Colocación Palabra	Mediana Oración Colocación	Grande Texto Párrafo
7. Tipo de lenguaje	Figurado	Basado en hechos	Llamativo
8. Pérdida de significado	Considerable	Poca	Dependiente de diferencias cul- turales
9. Palabras y signifi- cados nuevos	Obligatorios si están en el tex- to de la LO	No se permiten excepto una razón dada	Sí, con excepción de textos formales
10. Palabras clave (retener)	Leitmotiv marcas estilís- ticas	Palabras tema	Palabras simbólicas
11. Metáforas desusadas	Reproducir	Dar el sentido	Recrear
12. Extensión en rela- ción con el original	Aproximada- mente la misma	Un poco más extenso	No hay normas

(*chien méchant*) en francés. La unidad de traducción (6) siempre es lo más pequeña posible y tan grande como sea necesario (gramaticalmente suele ser el grupo o la frase), pero es probable que un anunciante lo pase por alto, en tanto que un traductor literario trate de reducirlo hasta la palabra. Cuanto más el texto emplea los recursos del lenguaje, y en consecuencia lo más importante es su forma, más son las pérdidas de significado (8). La mayor pérdida se da en la poesía, puesto que acude a todos los recursos del lenguaje. («La poesía es el elemento intraducible», afirmó Robert Frost). Un traductor técnico no puede crear neologismos (9), a menos que sea miembro del equipo para la elaboración de un glosario interlingüístico; en tanto que un anunciante o un redactor de propaganda pueden usar los recursos lingüísticos que desee. Los dichos y las metáforas convencionales (10) siempre han de ser traducidos convencionalmente (según lo señale el diccionario), pero las comparaciones y metáforas desusadas deben reducirse a su sentido si el texto tiene una función básicamente informativa (11). Los equivalentes apropiados para las palabras clave (10) deben repetirse escrupulosamente a lo largo de un texto filosófico; las palabras tema son los principales conceptos y términos del arte del escritor; en las obras literarias es probable que las marcas estilísticas sean las palabras características de un autor (*verworfen, mürbe, abnutzbar, überreizt*, en *Muerte en Venecia* de Thomas Mann; o sus leitmotiv «la gitana del carro verde» y «los hombres blancos y de ojos azules», de *Tonio Kröger*); en un anuncio de vinos, pueden ser 'palabras señal', es decir *mots-témoins* (Matoré, 1953), que se trasladan para evocar un hecho de civilización demasiado esnob para traducirse: *cuvée, chateau, grand cru, appellatio, contrôlée*. En un texto no literario, hay razones para transcribir además de traducir toda palabra clave de importancia lingüística; por ejemplo, las palabras políticas preferidas de Hitler, de acuerdo con la biografía de Maser.

Jakobson (1960) añadió la metalingüística, la fática y la poética a las funciones del lenguaje de Bühler, y la figura 4 podría ser ampliada para incluirlas.

El traductor puede considerar todos los textos como una amalgama de lenguajes estandarizado y no estandarizado. La diferencia entre ellos consiste en que para el lenguaje estandarizado, cuando se emplea como tal (pese a que a menudo los términos técnicos se funden con el lenguaje corriente; por ejemplo «antiavérfas», «parámetro») debe tener solo un

equivalente correcto, en tanto exista uno, y siempre que lo utilice el mismo tipo de persona en circunstancias similares; en eso radica la «ciencia» de la traducción. Por su parte, para el lenguaje no estandarizado, independientemente de su extensión, raras veces existe solo un equivalente correcto; en eso radica el arte o el oficio de la traducción.

El lenguaje estandarizado está compuesto, en parte, de terminología, pero como Bachrach (1974) ha señalado, sobre este asunto se requiere mayor investigación y enseñanza. Los términos necesitan vincularse con ilustraciones y diagramas (el principio de Duden, que se refiere a los procesos además de los objetos), reunirse en campos léxicos, como se hace en un diccionario ideológico, así como en grupos de palabras afines, dando indicaciones de su frecuencia, formalidad, etc. Mientras muchos términos son internacionalismos, existen otros, según lo ha señalado Maillot, que son polisémicos. *Résistance* significa tanto «reóstató» como «resistencia»; *réacteur* es «resistencia» y «reactor»; *capacité* es «capacitación» y «capacidad». Larbaud (1946) afirma que un traductor debe buscar todas las palabras, especialmente las que mejor conoce. De preferencia las palabras han de buscarse sólo para confirmar conocimientos, y cada vez que se consulta un diccionario bilingüe, la palabra debe confirmarse en media docena de diccionarios monolingües y obras de referencia de las lenguas original y terminal. Aquellas palabras de la lengua terminal halladas en un diccionario bilingüe, pero no en uno monolingüe, deben descartarse. Los diccionarios bilingües a menudo contienen palabras obsoletas, raras o anómalas inventadas por la interferencia.

No obstante, el lenguaje estandarizado va más allá de los términos técnicos. Incluye toda metáfora de uso común, expresiones idiomáticas, proverbios, avisos públicos, frases sociales, voces expletivas, las formas normales de dar la fecha o la hora, de indicar dimensiones, y performativos expresados en fórmulas aceptadas. En tal estado de cosas, se esperaríá solo una traducción válida para «Keep Britain tidy» ('Mantenga limpia la ciudad [el país, etc.]'); «One man's meat is another's poison» ('Sobre gustos no hay nada escrito'); «C'est un con» ('Es un cabrón'); y para frases fácticas como «Nice weather we're having» ('¡Qué hermoso día!'). Se dispondría de poca selección al traducir la jerga de usos especializados del lenguaje mencionados por Halliday (1973): boletines metereológicos, recetas de cocina, el lenguaje de los juegos, así como informes y cuentas de empresas, el formato de agendas y actas, e informes médicos. El lenguaje trillado entre grupos sociales, las palabras de moda que los medios de comunicación internacio-

nalizan instantáneamente, la jerga predecible, el relleno entre estímulo y respuesta, todos ellos con frecuencia tienen sus equivalentes igualmente predecibles en el detrito de la lengua terminal. Los términos invariables del traductor incluyen no sólo los técnicos y científicos que pueden ser supranacionales, y los institucionales, culturales y ecológicos que pueden ser nacionales, sino también las expresiones características dentro de un registro; por ejemplo: el «ingreso» (ing. *admission*; it. *accettazione*); el «dar de alta» en un hospital (ing. *discharge*; it. *dimissione*); los términos de referencia señalados por Strawson (1970a) como «nombres singulares, frases sustanciales que se llegan a escribir con mayúsculas» como la «Gran Guerra», «La Anunciación», nombres de organizaciones y empresas, títulos de libros, cuadros, etc., que se transcriben a menos que ya exista una traducción de aceptación general, en cuyo caso debe emplearse; las citas de traducciones autorizadas, que han de utilizarse y reconocerse; la jerga y las palabras de moda que se adhieren a grupos sociales y ocupaciones (un ejemplo: «Nosotros a esto lo llamamos *follón*; y tú, ¿cómo lo llamas?»). Es inevitable que la organización, la burocracia, la tecnología y los medios de comunicación continuamente aumenten y congelen el área y la extensión del lenguaje estandarizado.

Todo esto nos lleva al lenguaje no estandarizado, al que se emplea en forma creativa, que es el modo como lo utilizamos a diario. En este punto, la traducción se convierte en artesanía y en arte, o simplemente arte, en la que las opciones son limitadas. Aquí, también, opera el método científico, puesto que el sentido de la traducción de cada unidad y trozo de lenguaje debe ser confrontado con el original, y viceversa, así como con la referencia, de modo que se eliminen errores evidentes de lenguaje y de contenido. Por otra parte, la traducción debe verse como lenguaje natural utilizado de manera aceptable en el contexto, si lo es en el original. La habilidad artesanal del traductor descansa sobre todo en el dominio de un vocabulario excepcionalmente extenso, y además de todos los recursos sintácticos; en su capacidad de emplearlos con elegancia, flexibilidad y concisión. Todos los problemas de la traducción acaban convirtiéndose en problemas de cómo redactar bien en la lengua terminal. Benjamin (1923) afirmaba que en una buena obra, el lenguaje rodea el contenido como la cáscara su fruto, mientras que una traducción es un abrigo que cae holgadamente y hace grandes pliegues alrededor del contenido del original. Una traducción nunca se concluye y hay que seguir refinándola, reduciendo los elementos de pará-

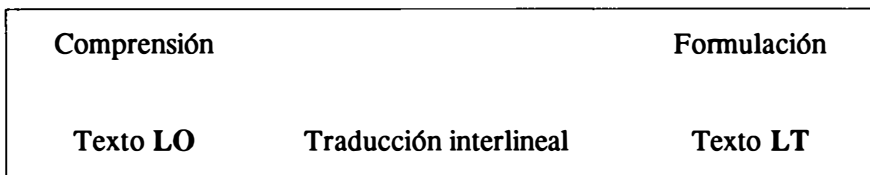
frasis, constringiendo el lenguaje. Cuanto más breve la traducción, es probable que resulte mejor.

En segundo lugar, como artesano el traductor tiene que conocer la lengua extranjera tan bien que le permita determinar hasta qué punto el texto se desvía de las normas lingüísticas que suelen emplearse a propósito de determinado tema y en cierta ocasión. Con una intuición respaldada por sus conocimientos empíricos tiene que delimitar el grado de singularidad gramatical y sintáctica del texto, del que debe dar cuenta en un texto «expresivo» bien escrito, y que puede optar por normalizarlo en un texto «informativo» o «vocativo» mal escrito. Además, requiere un grado de tensión creativa entre la fantasía y el sentido común. Ha de poseer la fantasía para hacer hipótesis sobre pasajes aparentemente ininteligibles, y el sentido común para desechar toda hipótesis irrealista: es inútil perseguir una idea (a diferencia de un ideal) que no puede ser real o realizada. Dicho de modo más práctico, necesita el sentido común para eliminar la interferencia y para reconocer siglas extrañas (¿Qué otra cosa son *K opératoires* sino *cas opératoires*?).

El traductor ha de adquirir la técnica de deslizarse con facilidad entre los dos procesos básicos de traducción: la *comprensión*, que puede implicar la interpretación, y la *formulación*, que puede involucrar la recreación (Figura 5).

Debe poseer una aguda mirada para las oposiciones, los contrastes y los énfasis (la puesta en primer plano, según Garvin, 1955) del original; y si se trata de un texto no literario, debe saber cómo acentuarlos en su propia versión. Tiene que distinguir entre los sinónimos utilizados para dar información adicional o complementaria, y los utilizados sólo para referirse a un objeto o concepto previamente mencionados. En la traducción literaria (véase Nietzsche, 1962) su tarea más difícil es captar la pauta del original.

Figura 5



La traducción comparte con las artes y otras artesanías el hecho de que sus normas por excelencia sólo pueden determinarse por medio de la discusión informada de expertos o legos de excepcional inteligencia. No hay aclamación popular alguna que pueda fijar el valor de una traducción más que lo haría de un jarrón o una pieza musical nueva. Una vez que los errores se hayan «comprobado» con referencia a enciclopedias y diccionarios, los expertos tienen que atenerse a la intuición y al gusto para preferir una de dos o tres buenas traducciones de una oración o un párrafo. A este nivel su elección final es tan subjetiva como la selección de palabras por parte del traductor, pero deben estar preparados para dar las razones de su elección. Se podría discutir principalmente sobre el hecho de que el traductor haya comprendido el tono, la actitud del escritor hacia la información presentada, que a menudo se indica en la sintaxis, más que las palabras (por ejemplo: el uso de formas verbales, auxiliares, subjuntivos).

Además, los expertos —los terceros lectores— han de decidir de modo intuitivo si el texto resulta natural («¿En realidad se vería eso en una página impresa?»), con la condición de que en primer lugar estén de acuerdo con el tipo de página impresa de la que se habla. En el caso de la escritura «expresiva» el criterio es: «¿Escribiría él eso?».

Goethe (1813) afirmó que la traducción es imposible, esencial e importante. Las palabras de todos los idiomas se traslapan y dejan brechas de significado; existen partes innominadas, o quizá innominables, de la mano o de una nube. Benjamin (1923) afirmó que la traducción va más allá del enriquecimiento de la lengua y la cultura de un país a las que contribuye, más allá de la renovación y maduración de la vida del texto original, más allá de la expresión y el análisis de las relaciones más íntimas de las lenguas entre sí, y llega a ser una vía de acceso a una lengua universal. Las palabras que según la sabiduría convencional son peculiares al carácter nacional (por ejemplo *nichevo* para el ruso; *magari* para el italiano; *hinnehen* para el alemán; *sympathique* para el francés; *schlampig* para el alemán austriaco; muchas otras nos pueden venir a la mente) pueden quizá llenar las lagunas de la experiencia general y universal que aún permanezcan.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Arnold, M. *Essays literary and critical*. London: Dent, 1928.
- Bachrach, J. A. «An experiment in automatic dictionary look-up». *Incorporated Linguist*, XIII, 2 (1974), pp. 47-49.
- Bar-Hillel, Y. *Language and information: selecter essays on their theory and application*. Massachusetts: Addison-Wesley, Reading, 1964.
- Benjamin, W. «The translator's task», en H. Arendt, ed. *Illuminations*. London: Cape, 1970. [Hay versión al español: «La tarea del traductor», en *Ensayos escogidos*. Buenos Aires, 1967. N. E.].
- Booth, A. D. *Machine translation*. Amsterdam: North-Holland, 1967.
- Brower, R. A. *On translation*. New York: Oxford University Press, 1966.
- Bühler, K. *Die Sprachtheorie*. Jena: Fischer, 1934 (2nd ed. Stuttgart, 1965). [Hay versión al español: *Teoría del lenguaje*. Madrid: Revista de Occidente, 1967. N. E.].
- Cary, E. *La traduction dans le monde moderne*. Geneva: Georg et Cie, 1956.
- Catford, J. C. *A linguistic theory of translation*. London: Oxford University Press, 1965.
- Cauer, P. *Die Kunst des Übersetzens*. Berlin: Weidmann, 1896.
- Cicero, M. Tullius. *De oratore*. London: Heinemann, 1948. [Puede verse también la versión española Cicerón, *El orador*, edición bilingüe. Barcelona: Alma Máter, 1968. N. E.].
- Dryden, J. «Preface to Ovid's *Epistles*», en A. Ker, ed. *Essays*. London: Oxford University Press, 1900.
- Fedorov, A. V. *Vvendeje v teoriji perevoda*. Moscú, 1958.
- . *Osnovy obscej teoriji perevoda*. Moscú, 1968.
- Firth, J. R. «Linguistic analysis and translation», en F. R. Palmer, ed. *Selected papers 1952-1959*. Bloomington: Indiana University Press, 1968.
- Frege, G. «Sense and reference», en P. Geach and M. Black. *Translations from the philosophical writings of Gottlob Frege*. Oxford: Blackwell, 1960.

- Freud, S. *Jokes and their relation to the unconscious*. Trans. J. Strachey. London: Penguin Books, Harmondsworth, and Hogarth Press, 1976. [Hay versión al español: *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Madrid: Alianza, 1969. N. E.].
- Friederich, W. *Die Technik des Übersetzens*. Munich: Hueber, 1969.
- Garvin, P. *Prague school reader on aesthetics, literary structure and style*. Washington, D.C.: Georgetown University Press, 1955.
- Goethe, J. W. v. «Zu brüderlichem Andenken Wielands», en *Sämtliche Werke*. Munich, 1909, vol. XXVI.
- . *Noten und Abhandlungen zu besserem Verständnis des west-östlichen Divans, Sämtliche Werke*. Munich, 1909, vol. III.
- Haas, W. «The theory of translation», en G. H. R. Parkinson, ed. *The theory of meaning*. London: Oxford University Press, 1968.
- Halliday, M. A. K. *Explorations in the functions of language*. London: Edward Arnold, 1973.
- Hartmann, P. and H. Vernay. *Sprachwissenschaft und Übersetzen*. Munich: Hueber, 1970.
- Humboldt, W. v. *Einleitung zu Agamemnon*. Vid. Störig.
- Jakobson, R. «Linguistics and poetics», en T. Sebeok, ed. *Style in language*. Massachusetts: Massachusetts Institute of Technology Press, 1960. [Hay versión al español, «Lingüística y poética» en *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix Barral, 1975, pp. 347-395. N. E.].
- . «On linguistic aspects of translation». Vid. Brower. [Hay versión al español, «En torno a los aspectos lingüísticos de la traducción», en *Ensayos de lingüística general*, ed. cit., pp. 67-77. N. E.].
- . *Main trends in the science of language*. London: Allen & Unwin, 1973.
- Jumplet, R. W. *Die Übersetzung naturwissenschaftlicher und technischer Literatur*. Berlin/Schöneberg: Langenscheidt, 1961.
- Kade, O. «Zu einigen Grundlagen der allgemeinen Übersetzungstheorie», *Fremdsprachen*, 1965.
- . *Zufall und Gesetzmässigkeit in der Übersetzung*. Leipzig: VEB Verlag Enzyklopädie, 1968.

- Kapp, V., ed. *Übersetzer und Dolmetscher*. Heidelberg: Quelle & Meyer, 1974.
- Kloepfer, W. *Die Theorie der literarischen Übersetzung*. Munich: Fink, 1967.
- Koller, W. *Grundprobleme der Übersetzungstheorie*. Berne: Franke, 1972.
- Larbaud, V. *Sous l'invocation de S. Jerome*. Paris: Gallimard, 1946.
- Levy, J. *Die literarische Übersetzung*. Frankfurt: Athenäum, 1969.
- Maillot, J. *La traduction scientifique et technique*. Paris: Eyrolles, 1969.
- Matoré, G. *La méthode en lexicologie*. Paris: Didier, 1953.
- Melblanc, A. *Stylistique comparée du français et de l'allemand*. Paris: Didier, 1961.
- Mounin, G. *Les belles infidèles*. Paris: Cahiers du Sud, 1955.
- . *La machine à traduire: histoire des problèmes linguistiques*. The Hague: Mouton, 1964.
- . *Die Übersetzung; Geschichte, Theorie, Anwendung*. Munich: Nynphenburger, 1967.
- Nabokov, V. Vid. Pushkin, 1964.
- Neubert, A. «Pragmatische Aspekte der Übersetzung», en *Grundfragen der Übersetzungswissenschaft*. Leipzig: VEB Verlag Enzyklopädie, 1968.
- . «Der Name in Sprache und Gesellschaft», en *Name und Übersetzung*, No. 27. Berlin: Akademie-Verlag, 1972.
- Nida, E. A. *Towards a science of translating*. Leiden: Brill, 1964.
- . *Exploring semantic structures*. Munich: Fink, 1974.
- . «Translation», en T. Sebeok, ed. *Current trends in linguistics*. The Hague: Mouton, 1974, vol. XII.
- , and C. Taber. *Theory and practice of translating*. Leiden: Brill, 1969. [Hay versión al español: *La traducción: teoría y práctica*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1986. N. E.].

- Ortega y Gasset, J. «Miseria y esplendor de la traducción», en *El libro de las misiones*. Madrid: Espasa-Calpe, 1984, pp. 125-162.
- Pears, D. *Wittgenstein* (Fontana Modern Masters). London: Fontana, 1971.
- Pierce, C. S. *Collected Papers*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1934.
- Pushkin, A. S. *Eugene Onegin*. Trans. V. Nabokov. New York: Bollinger, 1964.
- Reiss, K. *Möglichkeiten und Grenzen der Übersetzungskritik*. Munich: Hueber, 1971.
- Rieu, E. V. «Translation», en *Cassell's Encyclopedia of Literature*. London: Cassell, 1953. Vol. I.
- Savory, T. H. *The art of translation*. London: Cape, 1968.
- Seleskovitch, D. «Traduction et mécanismes du langage», en *Paralleles*, 2 (1979), University of Geneva.
- Smith, A. H. *Aspects of translation*. London: Secker & Warburg, 1958.
- Spitzbart, H. *Spezialprobleme der wissenschaftlichen und technischen Übersetzung*. Halle: Max Niemeyer & Hueber, 1972.
- Spitzer, L. *Linguistics and literary history: essays in stylistics*. Princeton: Princeton University Press, 1948. [Hay versión al español: *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos, 1968. N. E.].
- Steiner, G. «Introduction» to *Penguin book of modern verse translation*. Harmondsworth: Penguin Books, 1966.
- . *After Babel: aspects of language and translation*. Oxford: Oxford University Press, 1975. [Hay versión al español: *Después de Babel*. México: Fondo de Cultura Económica, 1980. N. E.].
- Störig, H. J. *Das Problem des Übersetzens*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1963.
- Strawson, P. F. «On referring», in Parkinson, G. R. H., ed. *Theory of meaning*. London: Oxford University Press, 1970.
- Trier, J. *Ausfsätze un Vorträge zur Wortfeldtheorie*. The Hague: Mouton, 1973.

- Truffaut, L. *Grundprobleme der deutsch-französischen Übersetzung*. Washington, D.C.: Georgetown University Press, 1968.
- Tyler, A. F. *Essay on the principles of translation*. London: Dent, 1912.
- Valéry, P. *Monsieur Teste*. Paris: Nouvelle Revue Française, 1946.
- Vinay, J. P. «La traduction humaine» en A. Martinet, ed. *Langage*. Paris: Gallimard, 1968.
- , et J. Darbelnet. *Stylistique comparée du français et de l'anglais*. Paris: Didier, 1976.
- Wandruska, M. *Sprachen-vergleichbar und unvergleichlich*. München: Piper, 1969. [Hay versión al español: *Nuestros idiomas: comparables e incomparables*. Madrid: Gredos, 1976. N. E.]
- Weightman, J. *On language and writing*. London: Sylvan Press, 1947.
- Widmer, F. *Fug und Unfug des Übersetzens*. Cologne and Berlin: Kiepenhauer & Witsch, 1959.
- Winter, W. «Impossibilities of translation», en Olshevsky, T. M., ed. *Problems in the philosophy of language*. New York: Holt, Rinehart & Winston, 1969.
- Wuthenow, R. R. *Das fremde Kunstwerk: Aspekte der literarischen Übersetzung*. Göttingen: Vandenhoeck, 1969.